

«La máquina de guerra estaba perfectamente engrasada y preparada para actuar»



17 febrero

Continuando con el análisis iniciado en la [primera parte de esta entrevista](#) del Coronel Caballero, en la que se examinó el derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla y sus profundas implicaciones políticas y militares, esta segunda entrega se centra en el complejo proceso de recuperación operativa, estratégica y doctrinal que condujo a la gran ofensiva de 1925 y al decisivo desembarco de Alhucemas.

En esta parte se profundiza en la evolución de la relación entre España y Francia, que pasó de la desconfianza inicial a una cooperación militar imprescindible tras la expansión de Abdelkrim y la amenaza que supuso para ambos protectorados. Asimismo, se analiza el proceso de reorganización, modernización y preparación del Ejército español, fruto de la experiencia acumulada, el incremento de los medios y la consolidación de una doctrina

adaptada a la guerra en Marruecos. Todo ello, unido a la unidad de mando, el apoyo político y el detallado planeamiento de la operación, permitió configurar una fuerza capaz de afrontar con garantías el desembarco de Alhucemas, una acción decisiva que marcaría un punto de inflexión en el desarrollo del conflicto.

La alianza militar con Francia se selló en la Conferencia de Madrid. ¿Fue difícil aceptar una cooperación tan estrecha con nuestro vecino, tradicionalmente visto como un rival en el norte de África? ¿Cómo se articuló el mando conjunto?

La colaboración hispano francesa en 1925, fue el fruto de un largo proceso en el que Francia pasó de tratar de controlar todo el territorio marroquí (1912) a entender que sin España la pacificación de Marruecos era una tarea imposible (abril de 1925).

Desde los inicios de la internalización del asunto marroquí, Francia, apoyada por su potente «movimiento colonista», trató de controlar todo Marruecos que, desde que en 1840 ocupase Argel, consideraba fundamental para crear su imperio norteafricano.

La orgullosa Francia no podía tolerar imposiciones de terceras potencias, ni siquiera de Gran Bretaña que, por supuesto, no estaba dispuesta «tragarse ese sapo», por cuestiones geoestratégicas respecto a Gibraltar. Francia tensó la cuerda todo cuanto pudo; sin embargo, finalmente, tuvo que ceder a los condicionamientos británicos.

Así se puso de manifiesto en la *Declaración entre Inglaterra y Francia sobre Egipto y Marruecos* (Londres, 8 de abril de 1904), el lugar de la firma ya indicaba una clara imposición a Francia. En el documento, Gran Bretaña incluyó

el artículo secreto 4º, que resulta cuanto menos curioso, teniendo en cuenta que, al menos en teoría, España no estaba informada de la declaración bilateral: se adhiriese o no España al tratado, Francia quedaba obligada a pactar con nosotros una zona de responsabilidad, fuese cual fuese su extensión.

Por supuesto, ya se encargó el Foreign Office de cerciorarse de que España aceptaría el tratado, pues a pesar de ser secreto, estoy seguro de que existieron contactos entre Londres y Madrid. Así lo demuestra la carta que el Presidente del Consejo de Ministros, conde de Romanones, remitió a la Real Sociedad geográfica española el día 30 de abril, recogiendo la coincidencia de intereses entre ambas naciones.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Tras hacerse público, Madrid aceptó las condiciones del tratado. Ello irritó a los «colonistas» franceses, que en todas las negociaciones a partir de entonces forzarían a su gobierno a reducir a la mínima expresión el territorio de influencia española.

Iniciado el Protectorado, Francia dificultó cuanto pudo nuestra acción pacificadora, y en algún momento llegó a impulsar la rebelión en nuestra zona, con su servicio secreto. Además, adoptó una política pasiva, en particular en lo referido a la vigilancia del tráfico de armas, que entraban en abundancia en nuestra zona a través de Tánger y, sobre todo, por la extensa frontera argelina. El nombramiento del general Lyautey como Residente General de Francia en Marruecos (28 de abril de 1912) no facilitaba las cosas. Se trataba de un personaje enigmático y egocéntrico, que se consideraba salvador de una Francia autosuficiente, y por ello, contrario a cualquier atisbo de cooperación con España.

¿Qué podría esperarse en cuanto a colaboración de tal individuo? Durante años, Lyautey mantuvo su política de indiferencia con la acción española. Sin embargo, en agosto de 1924 se produjo un suceso inesperado, cuando Primo de Rivera decidió replegar las tropas en la zona occidental a la Línea Estella, dejando la región en manos del Raisuni.

El repliegue se produjo bajo el acoso permanente del ejército del Rif, comandado por Mojand Abdelkrim, auxiliado por el célebre caid El Heriro. A finales de diciembre de 1924 el repliegue había concluido, con numerosas bajas. Los Abdelkrim se arrogaron la expulsión de las tropas españolas, ocupando las cabilas de la Yebala y Gomara que, ante la *baraka* demostrada por los hermanos urriagueles, se alejaron del Raisuni y se sumaron mayoritariamente al movimiento insurreccional.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

El 14 de diciembre de 1924, Abdelkrim entraba en la ciudad santa de Xauen, acompañado de 20.000 guerreros, poco después hacía prisionero al Raisuni. Ahora Abdelkrim no solo era Emir del Rif, sino también Señor de la Yebala, de Gomara, de Anyera... La República del Rif aumentó extraordinariamente su territorio y su población. Y Abdelkrim incrementó su poderío militar y la moral de su ejército. Ya podía movilizar unos 80.000 harqueños, cerca de 60.000 en la zona española y otros 20.000 en las regiones fronterizas con el protectorado francés, donde sus agentes operaban activamente en favor de su causa.

Con ello, Abdelkrim aumentó también su prestigio ante todas las cabilas, incluida la región fronteriza con el protectorado francés, cuya frontera norte, tras el repliegue español quedaba «a tiro» del líder rifeño. Y entonces, convencido de que Francia jamás acordaría una colaboración con España, vio la oportunidad de ocupar parte del protectorado francés, las tierras que antaño ocupó el Roghi.

Con ello buscaba crear un estado realmente viable, como declaró en sus memorias: «yo quería mi país independiente. Y si conseguía la independencia lo quería rico. Yo tenía necesidad de llanuras fértiles». Unas lógicas palabras, para consumo de sus apoyos en Europa. Pero sus intenciones iban mucho más allá. Antes del ataque a la zona francesa, Abdelkrim dirigió un mensaje a las cabilas: «La Pascua de Ait Quebir se pasará en Fez», además sus auxiliares más cercanos difundían el mantra «De Axdir a Agadir». Estoy convencido que, en esas fechas, las ambiciones territoriales del rifeño no tenían límite.

En cualquier caso, lo primero era incorporar a su territorio los ricos valles del Uarga y del Sebu; y ocupar las importantes poblaciones de Uazan, Taza, y Fez, donde establecería su capital. Era Fez, frente a Marraquech y Mekines, la más

carismática de las tres ciudades imperiales, allí se encontraba la *medersa* Al Qarawiyyin, el secular y prestigioso centro de estudios coránicos, reconocido en todo el Islám, donde había estudiado Abdelkrim, antes de su llegada a Melilla.

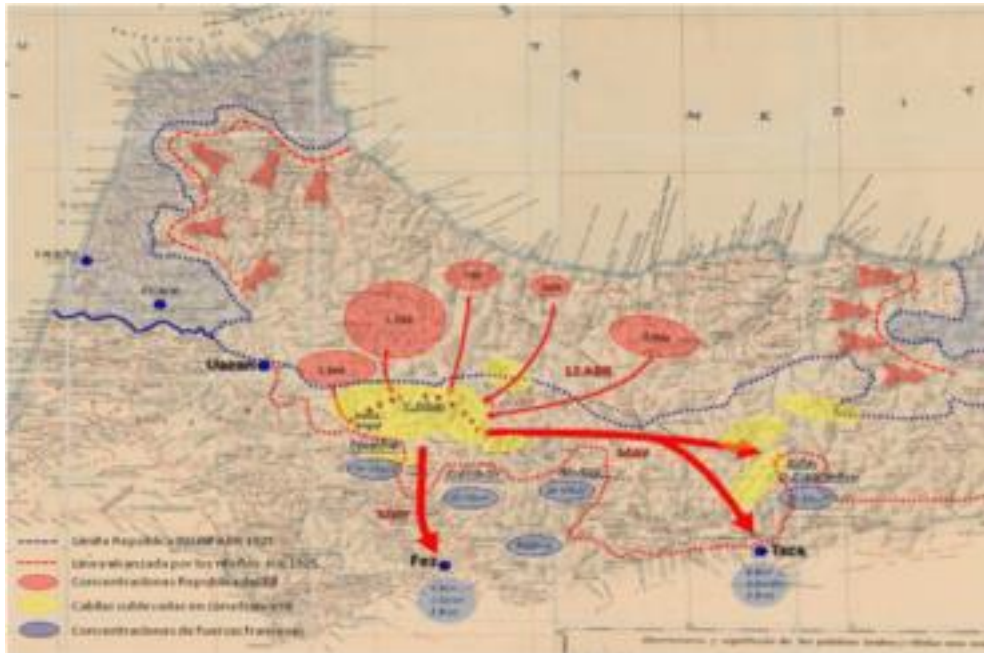


Fuente: Coronel Fernando Caballero

El ataque a Francia era solo parte de su plan. El plan completo era, una vez incorporado los mencionados territorios del protectorado francés, reducir la presencia española a las plazas de soberanía de Ceuta y Melilla, controlando todo el norte marroquí desde la ribera atlántica hasta el río Muluya, en la frontera con Argelia. Mientras que, por el sur, la frontera se extendería desde Mohamedia, en la costa Atlántica, por el «corredor de Taza», hasta Uxda. Prácticamente el territorio que Francia ofreciese a España en el tratado secreto de 1902, que Abdelkrim conocía bien.

Con esos sueños, Abdelkrim fijó los frentes españoles en el este y el oeste, con un entramado de trincheras, pozos de tirador, asentamientos de ametralladoras y artillería, enlazados por comunicaciones telefónicas. Y en abril de 1925, con 7.500 rifeños se lanzó contra Beni Zerual, cabila amiga de Francia, que actuaba como colchón de seguridad, sometiéndola e incorporando a sus guerreros. En mayo las tropas del Ejército del Rif atacó la línea francesa. Fez y Taza se vieron amenazadas hasta tal punto que Francia

envió desde Argelia al Gral. Boichut al mando del 19º Cuerpo de Ejército de marcha, quien en verano de 1925, consiguió estabilizar el frente.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

No obstante, el resultado fue desastroso para Francia: cayeron 44 de las 66 posiciones que componían la línea, sufriendo más de 6.000 bajas. Por su parte, Abdelkrim incorporó la importante cabila de Beni Zerual, y muchas otras fronterizas se declararon afectas; y además, se hizo con un enorme botín de guerra: 3 aviones, que se dice que fueron incendiados, 51 piezas de artillería, 35 morteros, 5.000 fusiles y 200 ametralladoras, cientos de miles de cartuchos y miles de granadas de artillería.

La sociedad francesa sufrió una gran conmoción, al contemplar al invencible Lyautey, héroe de Indochina, Madagascar y Argelia, humillado. Entonces la indiferencia y el menosprecio hacia España se transformaron en admiración. El resultado del ataque rifeño supuso modificaciones trascendentes en la política marroquí gala: Lyautey cesó como Residente General, y le sustituyó Mr. Steeg, quedando al mando del Ejército de operaciones el general Petain, conocedor de la compleja labor de España en su zona.

En todos los niveles de la sociedad francesa se impulsó la colaboración con España. Francia entera fue consciente de la dificultad de combatir con los rifeños que, además, ahora eran mucho más fuertes; así como, de la terrible amenaza que suponía el liderazgo de Abdelkrim, para su labor en Marruecos y para su prestigio internacional. Y los acontecimientos se sucedieron con una inusitada rapidez.

El 25 de julio de 1925 se celebró la Conferencia de Cooperación en Madrid, cuyos acuerdos principales fueron: la delimitación de la frontera entre ambas zonas de protectorado; autorizar el derecho de persecución y sobrevuelo de las fuerzas militares de un país en el territorio del otro; cooperación de fuerzas navales para vigilar el tráfico de armas; y realizar un desembarco en el Rif.

En cuanto a la articulación del mando de la fuerza conjunta combinada no fue en absoluto complicado. En 1925, España se encontraba en una posición muy diferente a la de principios de siglo. Con el Directorio se resolvió la conflictividad social, se acometió un profundo proceso de industrialización, modernización y desarrollo económico, que implicó a todos los campos, incluido el militar, y, en consecuencia, se ganó prestigio internacional.



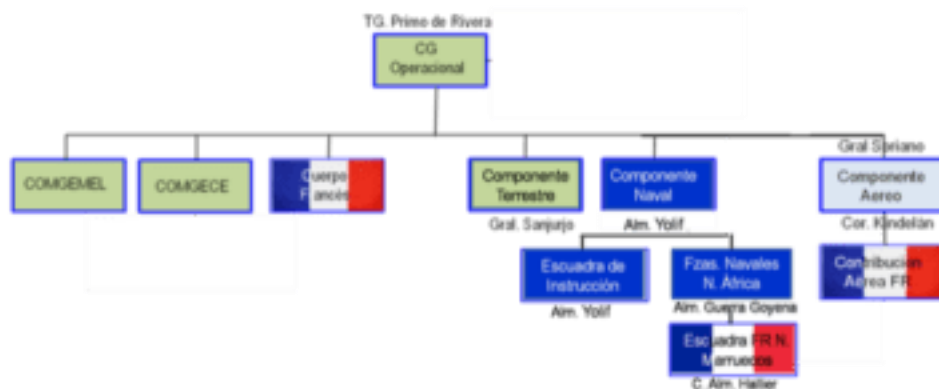
Fuente: Cornel Fernando Caballero

La consideración de España en el orden internacional y la eliminación de las reticencias galas facilitaron que Madrid impusiera a París sus condiciones para

el desembarco en Alhucemas, algo impensable sólo unos años antes: dirección personal de la operación por Primo de Rivera; limitación de la participación francesa, a lo que se solicitase; y que ni un solo soldado francés pisara las playas de Alhucemas.

Con estos condicionantes, la participación francesa en Alhucemas se reducía a fijar a los rifeños en el sur, su zona de responsabilidad, y aportar los medios que se le requiriesen para facilitar el desembarco, fundamentalmente potencia de fuego naval.

Ello, sumado a que, por RD 16 de octubre de 1924, Primo de Rivera se había nombrado Alto Comisario y Jefe del Ejército de África, simplificó en grado sumo la organización, planificación y desarrollo de la compleja operación conjunta combinada. Por primera vez en España, y pienso que en toda la historia militar del mundo contemporáneo, la misma persona aglutinó el mando total de una campaña: en el nivel político como Presidente del Directorio; en el estratégico como Alto Comisario y Jefe del Ejército de África; y en el operacional, como Jefe de la Operación.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Se definió entonces la estructura de mando. El mando de la Operación lo asumió personalmente Primo de Rivera, cuyo CG enlazaba con el cuerpo francés en el sur; las fuerzas de Melilla, por el este; y las de Ceuta-Larache por

el oeste. Igualmente los componentes terrestre, naval y aéreo dependían de su CG. La Escuadra Francesa del Norte de Marruecos se adscribió a las fuerzas Navales del Norte de África, del almirante Guerra Goyena; y la modesta contribución aérea gala se hizo depender directamente del mando aéreo español, ejercido por el general Soriano, contando como segundo con el prestigioso coronel Kindelán.

Al objeto de combatir tópicos, resulta importante subrayar que la contribución francesa resultó puramente testimonial. De las fuerzas terrestres desembarcadas no existió ni un solo soldado francés; de los 104 buques, sólo ocho eran franceses; y de las 162 aeronaves únicamente cuatro.

Nos encontramos en el verano de 1925, vísperas de la gran ofensiva y el desembarco de Alhucemas, ¿en qué estado se encontraba el ejército español tras años de guerra y la reciente retirada?

Implícitamente, me colocas ante otro tópico: un ejército obsoleto y con una total falta de preparación, hasta esas fechas. Sin embargo, otra vez, la información disponible muestra una realidad diferente: una preocupación constante de los oficiales por incorporar las nuevas tendencias y una gran preparación operativa de las unidades.

El estado del Ejército en verano de 1925, fue el resultado de un largo y accidentado proceso de preparación de la fuerza, que se inició en la campaña de 1909, y que resultó afectado por factores en todos los órdenes: político, tanto a nivel nacional como internacional, de organización, económicos y puramente militares.

El capitán de Infantería, Caballero García, relató cómo, a principios del Siglo XX, los oficiales realizaban el seguimiento de los conflictos internacionales, para implementar lecciones aprendidas. Y recogió cómo impactaron los

nuevos conflictos en la instrucción de la tropa, se refiere en particular a dos de ellos: el ruso-japonés (1905), en el marco de los conflictos convencionales; y el anglo-boers (1899), considerado como el primer conflicto de «guerra irregular» con dimensión internacional.

En aspectos de organización, en 1904 ya se había reorganizado la unidad tipo brigada que, con algo más de 6.000 efectivos, constituía una estructura interarmas, lo que resultaba una auténtica novedad. Sin embargo, en la campaña de 1909 se comprobó que, aunque la estructura facilitaba la movilización, resultaba demasiado «elefántica» para su empleo frente al enemigo rifeño. Por ello, se decidió organizar estructuras «ad hoc» («columnas») para cada operación, mucho más móviles y flexibles.

Estas organizaciones constituyeron las unidades operativas en la campaña. Se trataba de una estructura interarmas bajo el mando de un coronel o teniente coronel, sus efectivos variaban entre los 1.500 y 2.500, y su composición dependía de la misión, el terreno y el enemigo, en cada caso. Los agrupamientos se constituían en base a «módulos operativos»: el batallón de infantería, la batería de artillería, el escuadrón de caballería, la compañía de ingenieros y la de ametralladoras. Las «columnas» se constituían inicialmente sobre la base de un batallón y una batería, y añadiendo los módulos de las diferentes armas o servicios que se estimase. Subrayar que en estas fechas no existían unidades indígenas y que todas las operaciones las desarrollaban fuerzas metropolitanas.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Pongamos un ejemplo. Se trata de la operación del 17 de octubre de 1909, orientada a alcanzar el río Kert. Según el general De Torcy, observador francés, el EM decidió avanzar a través del valle del río Caballo (Uad Lusin), que «ofrecía realmente el camino más fácil, más directo y más seguro». Pero antes se requería ampliar la información sobre el terreno y el enemigo. A este respecto De Torcy apuntaba, que se abandonó «la idea tradicional de encargarse de ello a la caballería –no se sabe por qué– y se pensó en reconocer el valle con la sección aerostática».

En suma, se trataba de proteger un globo «cautivo», para que pudiese realizar observaciones. Y según la Comisión de Artillería, se decidió elevarlo en un punto del campo enemigo a dos kilómetros del campamento «y, para protegerlo, se dispone que algunas fuerzas avancen hasta rebasar 1.000 metros dicho punto». La «columna» de 1.750 efectivos, se organizó con dos batallones, dos escuadrones y una batería; además estaba protegida por el fuego de cuatro baterías de posición.

El globo desarrolló la misión, y el general francés quedó sorprendido por la efectividad de la maniobra, de despliegue y repliegue, de la fuerza de protección. Y finalmente tuvo que plegarse a la sapiencia del EM español, cuando «el globo señala la presencia de 400 moros, número que luego aumenta hasta 3.000». Así, se atestiguó que el enemigo era muy superior al inicialmente calculado ¿Qué hubiese ocurrido, si como opinaba el general francés, se hubiese optado por emplear la caballería?



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Las operaciones exitosas se repitieron en las sucesivas campañas. Como ejemplo la operación del paso del Kert y castigo del harka del Mizzian, el 7 de octubre de 1911. Para ello se dispusieron dos columnas, sumando algo más de 8.000 hombres, también en su totalidad fuerzas metropolitanas. La fuerza se organizó una vez conocida la entidad del enemigo: «se calcula en 5.000 a 6.000 hombres el efectivo de la harka, y perfectamente conocedor del terreno», de las cabilas de Metalza y B. Bu Yahi. La operación resultó un éxito. Resaltar la contribución naval que, desarrollada a unos 40 Km. de distancia, evitó que las belicosas cabilas del Rif central se sumasen al combate.

En 1918, finalizada la I Guerra Mundial, el Gobierno decidió reiniciar la labor en Marruecos. Y el Alto Comisario, antes de acometer la campaña, reunió a los Comandante Generales para tratar los procedimientos de empleo, se iba a constatar una verdadera revolución táctica. La reunión se convocó el 21 de septiembre de 1919, en Laucién, cerca de Ceuta. Y buscaba concretar la modalidad de combate «teniendo en cuenta el empleo de las armas modernas y la combinación de los efectos».

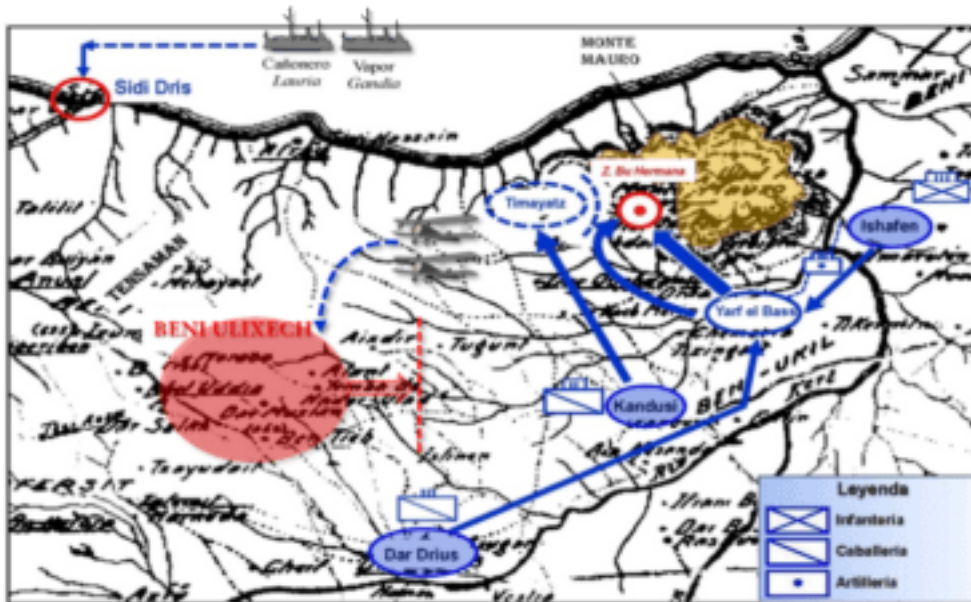
Las conclusiones adoptadas en Laucien afectaron fundamentalmente a la aviación, las ametralladoras y la artillería, que siguiendo las tendencias, se había convertido en el arma decisiva del combate. Su empleo producía grandes efectos morales entre los cabileños y evitaba las bajas que ocasionaba el choque. Tras la reunión, Berenguer encargó varios estudios para concretar

las decisiones adoptadas. Y, el principal problema detectado afectaba a la integración eficaz de los fuegos de la Artillería.

Por ello, uno de los estudios se orientó al establecimiento de un mando artillero único y cómo debía integrarse con el mando de la operación; otro a estudiar «los medios de observación del tiro en su relación con las líneas avanzadas de Infantería»; otro para determinar la dosificación del fuego de las baterías de apoyo al conjunto y las de apoyo a las columnas; y, el último, de gran trascendencia, para comunicar las baterías con el mando artillero.

La detección de la problemática resulta verdaderamente precoz, pues esos asuntos constituyen aún hoy la esencia del funcionamiento artillero. Y cualquier artillero de hoy reconocería en esa forma de empleo las misiones de la artillería (apoyo directo, acción de conjunto o refuerzo) que los reglamentos desarrollaron en la década de 1980 y que, en esencia, se han mantenido hasta la actualidad.

En suma, los principios de empleo acordados en Laucien apuntaban: la profusión en el empleo de armas automáticas en primera línea, amplitud de despliegues de infantería, utilización de gran cantidad de medios artilleros integrados en la maniobra y bajo un mando único, y el empleo de la aviación para apoyar por el fuego a las columnas, bombardear en profundidad, localizar objetivos y corregir el tiro.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Ello llevó al desarrollo modélico de operaciones conjuntas e interarmas, tanto en el planeamiento como en la ejecución, implicando a todas las Armas del ejército de Tierra, a la Armada y a la aviación. Como ejemplo la operación de ocupación de monte Mauro, en Beni Said que, desarrollada solo seis meses antes del derrumbe de la COMGEMEL, constituyó un éxito total.

La columna, formada por infantería, caballería y artillería, tenía la misión de ocupar el Zoco Bu Hermana. En su avance, fue apoyada por cinco baterías desplegadas en la línea del Kert, mientras el regimiento de caballería cubrió su flanco izquierdo. Simultáneamente, la aviación actuó para que contingentes de Beni Ulixec no se sumaran al combate, y un convoy naval (vapor Gandía y el cañonero Lauria), desarrolló una maniobra de decepción, para fijar núcleos enemigos.

En la práctica, los principios de empleo adoptados en Laucién fueron el resultado de la evolución de las campañas anteriores y la experiencia que, desde entonces, fueron adquiriendo los artilleros y aviadores. Esos principios se pueden identificar en el concepto de *batalla aero-terrestre* que, más de 20

años después, implementó, con rotundo éxito, el ejército alemán en la II Guerra Mundial, durante la llamada *guerra de movimiento*, aunque implicáse un material mucho más sofisticado y numeroso.

Todo ello se aplicó con profusión y maestría durante los exitosos avances de Silvestre, entre septiembre de 1919 y enero de 1921, tanto en la zona occidental como en la oriental, a pesar de que los medios siempre fueron escasos. Y se hizo, mientras los medios aguantaron, pues en 1921, gran cantidad de material (ametralladoras, piezas de artillería, aeroplanos, radios y camiones) se encontraban en un pésimo estado.

Así, se puede asegurar que en verano de 1921 nuestros ejércitos disponían ya de una doctrina de empleo, no escrita oficialmente, pero perfectamente definida, adaptada, experimentada y asumida para la acción en Marruecos, a la altura de la de los mejores ejércitos del mundo. En suma, nuestro Ejército, antes, durante y después de las fechas de los sucesos de julio y agosto de 1921 se encontraba preparado en lo que a organización y procedimientos de empleo táctico se refiere. Tal vez, los únicos defectos fueron la escasez de medios y su obsolescencia.

Sobre estas carencias se remitieron reiterados informes al Ministerio de la Guerra, que nunca fueron atendidos, por la cicatería del Gobierno. Pero, sobre todo, el principal defecto fue la falta de voluntad política para emplear las unidades metropolitanas. Ello, inevitablemente llevó a que la «máquina de guerra», cuando se requirió, no estuviese lo suficientemente engrasada.

El origen del problema se encuentra después de la Campaña de 1909, cuando por RD de 31 de diciembre se crearon las Fuerzas de Policía Indígena. En ello los diferentes gobiernos encontraron un filón, y tras la Policía Indígena se creó la Mehala Xerifiana, y las Fuerzas Regulares Indígenas, y se reguló la formación

de harkas irregulares... Y lo que en principio se instituyó, según rezaba el RD, para aliviar al ejército metropolitano, acabó por sustituirlo en el combate, cuando su empleo se llevó al extremo.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Hubo operaciones en las que el 100% de la fuerza de maniobra fue indígena. Como en la de monte Cónico, en la zona occidental, en septiembre de 1919, en la que no participó ni una sola unidad «europea» de infantería o caballería, las únicas fuerzas metropolitanas fueron de ametralladoras y artillería, empleándose ocho baterías.

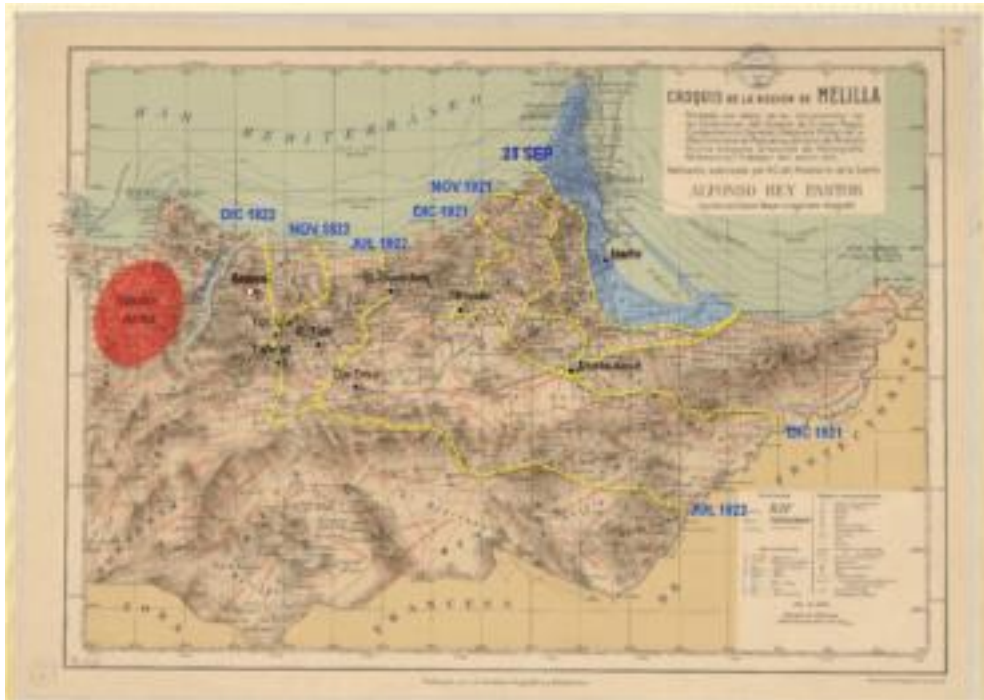
Tras los sucesos de verano de 1921, todo cambió. España entera se estremeció con los asesinatos en masa de las guarniciones. Y el Gobierno decidió reconquistar el territorio perdido. El presupuesto para el Protectorado casi se triplicó con respecto al de 1920. A partir de entonces se mantuvo un esfuerzo económico anual sostenido de unos 415 millones en el período 1922-1926, que iría disminuyendo progresivamente tras el desembarco de Alhucemas, hasta alcanzar los 305 millones en 1928.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Con ello, en agosto de 1921, se pudieron desplegar todo tipo de medios modernos, se aumentó la «recluta voluntaria» y, en cuanto a unidades de choque, La Legión (creada en septiembre de 1920) se encontraba ya totalmente operativa. Así, a finales de agosto habían llegado a Melilla unos 40.000 efectivos, y mucha de la tropa de las unidades expedicionarias era voluntaria. Además, se mejoró ostensiblemente el equipo individual y la uniformidad del soldado.

Las operaciones de reconquista de la COMGEMEL se iniciaron en septiembre de 1921 y, finalmente, participaron unos 50.000 efectivos, de los que únicamente el 16% eran indígenas. Estas fuerzas sometieron a unos 25.000 harqueños, y en aproximadamente un año pacificaron el mismo territorio que se tenía controlado en verano de 1921, con escasas bajas, obligando al Ejército del Rif a repasar el río Amekran. Y, el soldado español -de cuota, conscripto o voluntario- se convirtió en el protagonista del combate.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Durante la ofensiva, las unidades expedicionarias compitieron en abnegación, entrega, arrojo y valor con la misma Legión. Son muchos los ejemplos por citar algunos: la operación de socorro a la posición de Tiza, el 29 de septiembre, sitiada por 9.000 rifeños, que trataban de romper la línea para tomar de revés a las columnas. Participaron los batallones expedicionarios de la Reina, Borbón y Valencia, de la columna del general Tuero. La operación se saldó con 400 bajas españolas, de ellas 69 muertos, y unas 700 del enemigo, recogándose 200 cadáveres. El soldado Pedro Gutiérrez de Diego, recibiría la Cruz Laureada de San Fernando.

Durante la ofensiva, las unidades expedicionarias compitieron en abnegación, entrega, arrojo y valor con la misma Legión. Son muchos los ejemplos por citar algunos: la operación de socorro a la posición de Tiza, el 29 de septiembre, sitiada por 9.000 rifeños, que trataban de romper la línea para tomar de revés a las columnas. Participaron los batallones expedicionarios de la Reina, Borbón y Valencia, de la columna del general Tuero. La operación se saldó con 400 bajas españolas, de ellas 69 muertos, y unas 700 del enemigo, recogándose

200 cadáveres. El soldado Pedro Gutiérrez de Diego, recibiría la Cruz Laureada de San Fernando.

Tras la ofensiva, un nuevo parón de las operaciones. El Gobierno de Sánchez Guerra decidió negociar con Abdelkrim, que estaba contra las cuerdas. En diciembre de 1922 se dieron por finalizadas las operaciones, se repatriaron 20.000 hombres en la zona oriental y numeroso material. Fue un guiño a la opinión pública y un pulmón artificial para Abdelkrim.

En esas fechas, las fuerzas de la Comandancia General de Melilla se fijaron en nueve brigadas, sumando unos 35.000 hombres, incluyendo un Tercio de La legión y un nuevo grupo de Fuerzas Regulares. Unas fuerzas y unos medios muy superiores a los desplegados durante la campaña de 1919-1921.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

De las nueve brigadas dos presentaban particularidades. La novena, con unos 5.000 efectivos, estaba constituida como brigada de choque, y contaba con dos banderas del Tercio y un Grupo de Regulares. Y la primera, que, también desplegada en la línea de frente, sumaba unos 4.300 efectivos, y contaba con importantes apoyos de fuego. De las otras siete, tres (2ª, 3ª y 4ª), con unos 2800 efectivos, estaban desplegadas en retaguardia; mientras que las otras cuatro (5ª, 6ª, 7ª y 8ª), con unos 3200, estaban preparadas para, en su caso, acudir a la línea avanzada, por lo que contaban con más refuerzos en artillería, medios de evacuación y ambulancias que las anteriores.

A estas fuerzas había que sumar seis renovadas mehalas (con 5.000 efectivos), y algunas harkas auxiliares de probada fidelidad, como las de Guelaya, Beni Bu Yahí y Beni Said, que contaban, como novedad, con asesores e instructores españoles, en todos los escalones de mando.

En el territorio se mantuvo una importante fuerza aérea, el 2º Grupo de Marruecos (Grupo pesado o Grupo Rolls). Estaba integrado por tres escuadrillas, que sumaban unos 30 aparatos. Todo el conjunto contaba con el apoyo de fuerzas navales para Marruecos, unidad asentada en Cádiz, contando con varios navíos de línea.

Durante ese periodo, el Ejército de Marruecos, aunque no realizase operaciones de altos vuelos, continuó instruyéndose y sufriendo, ahora sí, el paqueo continuo de pequeños grupos de rifeños, hostigando a diario nuestra línea de posiciones. Una situación que se mantuvo hasta 1923 cuando Primo de Rivera accedió al poder.

En diciembre de 1922 caía el gobierno de Sánchez Guerra y llegaba el de García Prieto. Nuevo Gobierno y nueva política para Marruecos. El 17 de enero de 1923, cesaba el general Berenguer como Alto Comisario y se nombraba un Alto Comisario Civil (Sr. Miguel Villanueva Gómez), una vuelta al pacifismo que imperó en toda Europa, los «felices años 20».



Fuente: Coronel Fernando Caballero

El ministro de la Guerra, Alcalá Zamora, redactó un RD, con diez disposiciones referentes a la política marroquí, y desarrollaba la estructura de mando y relaciones. Era una vuelta a la doble dependencia y el control civil, que estableció, en 1918, Berenguer, cuando ejerció como ministro de la Guerra. El sistema constituía un galimatías de órdenes y relaciones.

Se requería la coordinación permanente, y al más alto nivel, de los ministerios de Estado y Guerra, cuyos directores no siempre estaban de acuerdo y, en muchas ocasiones, en franco desacuerdo. Para colmo de males, en el teatro de operaciones todo era dirigido por un civil, sin rango en el escalafón, que se limitaba a seguir las directrices del Ministerio de Estado. Uno puede imaginar a esos comandantes generales recibiendo órdenes de éste o de aquel.

El nuevo Gobierno además estableció sus objetivos para la política marroquí. Entre los más importantes: desarmar a las cabilas y formar un Ejército voluntario Europeo. Estas unidades de voluntarios (denominada cazadores de África), junto a las fuerzas indígenas y la Legión, constituirían el Ejército Colonial, a imagen de Francia.

Era esta una quimera, que venía de lejos, pues el debate sobre la creación del Ejército Colonial se inició ya en septiembre 1908, durante la celebración del 2º Congreso africanista en Zaragoza. El debate continuó hasta que el 29 de febrero de 1912 se publicó la Ley de bases (reclutamiento y reemplazo). Y cinco meses después, el 8 de junio, se publicaba la Ley sobre el voluntariado, complementaria de la anterior.

En esencia se trataba de sustituir a los 60.000 soldados conscriptos desplegados en Marruecos por voluntarios con «primas», lo que equivalía a soldados quasi- profesionales. Los voluntarios firmaban por cuatro años,

recibían una paga de enganche y un finiquito; podían acceder a los empleos de clase de tropa; y, al finalizar el contrato, se les entregaría una parcela de terreno en Marruecos para su explotación, lo que muestra el total desconocimiento de nuestros políticos sobre la realidad de nuestra zona de protectorado.

La ley resultó un estrepitoso fracaso. Las optimistas previsiones del Gobierno de reclutar 10.000 voluntarios en el año 1912, se toparon con la realidad cuando, en diciembre, se presentaron los datos en el Parlamento. En seis meses, la recluta ascendió a 1.598 voluntarios, en su mayoría personal que ya estaba prestando el servicio militar. Las razones de tan pobres resultados, eran varias, la principal la apunta Bru: «lo cicatero de su incentivo económico». Posteriormente se revisó la Ley, pero siempre manteniendo las míseras primas.

El 10 de julio de 1913, cuando se modificó la normativa de voluntariado, aumentando significativamente las cuantías de las primas, aunque o alcanzó la peseta diaria (1.460 pesetas por 4 años), que se apuntaba como ideal. Para comprobar la cicatería gubernamental, baste recordar que el sueldo anual de un trabajador técnico en España, en 1910, era de 1.500 pesetas anuales.

A lo exiguo de las primas se sumaba, la inestabilidad de los gobiernos, que castigó al país con 14 cambios de titular en el ramo de Guerra entre la campaña de Melilla, en verano de 1909, y los terribles sucesos de verano de 1921. Ello hacía imposible hacer realidad ni esta reforma del Ejército, ni cualquier otra que pretendiera ser profunda, duradera y consensuada.

En los últimos meses de 1920, el ministro de la Guerra, Vizconde de Eza, para ganarse a la opinión pública, realizó un nuevo intento. Inialmente se trataba de sustituir por voluntrios únicamente el tercer año de servicio militar en

África. Lo más curioso es que se pretendía hacerlo sin incremento presupuestario. Así, el 16 de enero de 1921, Eza escribió al Alto Comisario ordenándole la licencia del tercer año en filas, lo que supuso la marcha de 11.500 hombres.

La recluta de voluntarios, como en otros tiempos, resultó un total fracaso. Y, para colmo de males, en un tremendo error de planificación, la medida se solapó con la creación de la Legión, que absorbió no solo los voluntarios que se alistaron por primera vez, sino además a un gran número de los ya encuadrados en las unidades del Protectorado. El resultado fue que en todo el ejército de Marruecos la cifra de voluntarios, exceptuando la Legión, apenas alcanzaban los 5.000.

La situación sobre el voluntariado, y el Ejército Colonial, cambió drásticamente tras los sucesos de Melilla en verano de 1921, cuando el número de voluntarios españoles y extranjeros aumentó significativamente. Y no solo para nutrir al Tercio, sino también a los batallones expedicionarios que desarrollaron la campaña de reconquista en 1922. Así, si en diciembre de 1920 se disponía de tres banderas legionarias, con unos 2.000 efectivos, en 1925 el número había ascendido a ocho con un total de 5.500 hombres, organizadas en dos tercios, uno en la zona oriental y otro en la occidental.

El cálculo de la cifra de voluntarios en las unidades de cazadores de África, resulta difícil realizar, pero es muy probable que se multiplicara por cuatro, ascendiendo a unos 12.000 en todo el Protectorado. Estas cifras se mantuvieron los años posteriores, pues los reenganches se realizaban por cuatro años, y además, con el aumento del presupuesto para Marruecos, se habían mejorado, significativamente, las condiciones de alistamiento.

A finales de 1922 se produjo otro hecho que repercutió en beneficio de la preparación de las unidades africanas. En noviembre de 1922 se disolvieron las Juntas Informativas (conocidas como juntas de Defensa) que, calificadas como «un auténtico cáncer», durante años sembraron la división en la Institución Armada. Las Juntas opuestas a los ascensos y recompensas por méritos en campañas; se mostraron totalmente contrarias a la oficialidad africanista y a la intervención en Marruecos, impidiendo cualquier acción en beneficio de las unidades africanas.

Tras la disolución de las juntas se restituyeron las recompensas y los ascensos por méritos en campaña, aumentando extraordinariamente el número de oficiales candidatos para el mando de las fuerzas de choque (mehalas, policía Indígena y Regulares). Ello supuso el espaldarazo definitivo al ejército de África, cuando se pudo elegir a los mejores oficiales para liderar estas complejas unidades.

En enero de 1923 el Alto Comisario Civil Sr. Silvela, presentó su dimisión y el 30 de agosto de 1923 lo hacía el presidente García Prieto. El 13 de septiembre de 1923 llegó el Directorio de Primo de Rivera, pero el asunto marroquí, no se acometió hasta que quedaron encauzadas las medidas orientadas a conseguir la cohesión nacional y la paz social. Por ello, en estos primeros días, el objetivo prioritario en el ámbito militar fue mejorar la imagen del Ejército ante la sociedad, con dos ideas fuerza: separarlo de los cometidos «represivos» relacionados con el mantenimiento del orden público y prepararlo operativamente para el combate.

En ese sentido se debe entender la primera medida inmediata adoptada por Primo de Rivera: la creación del Somaten Nacional, por RD de 17 de septiembre de 1923, extendiendo a toda España una idea originaria de Cataluña. El nuevo

cuerpo se dedicó a la seguridad ciudadana, reforzando a la policía y a la Guardia Civil, y alejando al Ejército de estos cometidos, que otrora le habían granjeado el rechazo social. Se trataba de combatir la idea que, popularmente extendida, hizo pública en el Congreso el diputado y ex militar Joaquín Llorens, en mayo de 1914: «el ejército peninsular sirve tan sólo, para, con la guardia civil, mantener el orden en el interior».

El Somatén era un cuerpo de voluntarios reclutado por los capitanes generales, al que podían acceder todos los varones mayores de 23 años. En cada región militar se encontraba bajo el mando de un general de Brigada. Los alistados podían llevar armas, y la garantía del alistamiento la certificaba la Guardia Civil. El Cuerpo gozó de una gran aceptación, alistando desde burgueses acomodados hasta obreros y campesinos. En las poblaciones rurales contribuía a combatir los delitos comunes; mientras que en las grandes urbes actuaba, bajo la supervisión del Ejército y la Policía, en la represión de los llamados «delitos sociales», como las huelgas revolucionarias. Con la creación del Somatén, el Ejército pudo dedicarse a su labor principal: prepararse para la guerra.

Como casi todas las decisiones de Primo de Rivera, la iniciativa resultó un completo éxito. Unos meses después de su fundación el Somatén contaba con más de 175.000 hombres, a finales de 1925 eran ya 182.000; y en agosto de 1928 la cifra alcanzó ¡217.584 alistados! El cuerpo se mantuvo activo, garantizando la paz social, hasta el 15 de abril de 1931, cuando fue disuelto, solo un día después de la proclamación de la República.

Primo de Rivera también implementó algunas medidas orientadas a satisfacer al Ejército. Así, el 1 noviembre de 1923 se creó la reserva del Ejército de África, una antigua reivindicación de los militares, para evitar que cada vez que se

produjese un contratiempo en Marruecos se desmantelasen las unidades peninsulares. La reserva estaba constituida por dos agrupaciones idénticas, localizadas en Alicante y Almería, bajo el mando de sendos generales de brigada. Cada una integraba cuatro batallones, un grupo de Artillería (dos baterías), una compañía de Zapadores, una sección de Telégrafos, una compañía de Intendencia y una ambulancia de sanidad.

En el campo doctrinal, Primo de Rivera impulsó, a finales de 1923, la creación de la Revista de Tropas Coloniales, cuyo primer número se publicó en Ceuta en enero de 1924. En ella escribieron todos los oficiales africanistas de prestigio, aportando sus experiencias, y el medio se convirtió en foro de debate y órgano de difusión de los procedimientos de combate, que se conformaría como cuerpo doctrinal «no oficial» del Ejército de España en África.

Además se adoptaron otras medidas para mejorar la imagen del Ejército, haciéndolo más operativo y aceptable por la opinión pública. Aprovechando la bonanza económica, se impulsó el plan naval Dato-Miranda (iniciado en 1915) y se creó un nuevo plan naval (1926); se aceleraron los programas de adquisición y modernización de armamento, con atención especial a la aviación, la tecnología y la mecanización de las unidades; se incrementaron los cupos de los llamados a filas; y se intensificaron los ejercicios y maniobras, para mejorar la preparación táctica de las unidades.

Se modernizaron las brigadas haciéndolas mucho más operativas, potentes, autónomas y móviles, al incrementar su potencia de combate con ametralladoras, artillería, vehículos blindados y telecomunicaciones; y sus capacidades logísticas, con un notable incremento del parque móvil. Además,

se incorporaron aeronaves y buques hospitales en beneficio del apoyo sanitario.

Primo de Rivera implementó toda esta batería de medidas, en todos los órdenes, para preparar al Ejército, con la vista puesta en acometer con éxito, a corto- medio plazo, el «problema marroquí». Sin embargo la preocupación sobre el asunto marroquí no se mostró claramente hasta bien entrado el año 1924, con un claro incremento presupuestario para la acción en Marruecos.

Es a partir de entonces cuando se ataca decididamente el asunto. El 17 de enero de 1924 se tomó la primera decisión de calado, con la promulgación del RD de creación de la Oficina de Marruecos, afecta a la Presidencia del Gobierno, de la que dependería a todos los efectos el Alto Comisario. Ello simplificaba la estructura de mando y acababa con los enormes problemas que había generado la doble dependencia de los Comandantes Generales de los ministerios de Estado y Guerra; y con el papel de comparsa del Alto Comisario.

Por RD del 23 de marzo de 1924 se reorganizaron las fuerzas navales de Marruecos. Se nombró para su mando un vicealmirante, con los cargos de Comandante General de la Fuerzas Navales del Norte de África e Interventor principal de la Marina en Marruecos. La integraban los cruceros Cataluña y Extremadura; los cañoneros Recalde, Laya, Bonifaz y Lauria; además de once guardacostas y un remolcador.

En abril de 1924, Primo de Rivera declaró al Daily Mail (un medio británico) su intención de replegar las líneas en el Protectorado. Mencionó la teoría del semiabandonismo, explicando la retirada de las tropas a una línea costera, donde se encontraban las principales poblaciones, desde las que se ejercería

la acción sobre el interior, aprovechando los medios navales y aéreos. Una estrategia que consideraba desembarcar en Alhucemas.

Por Real Orden del 1 de mayo se creó un segundo grupo de Fuerzas Regulares para la zona de Melilla (Grupo de Alhucemas núm 4), y dos banderas legionarias más, que permitían organizar el Tercio de la Legión de Melilla. Por Real Decreto de 11 de mayo de 1924 se reorganizó la estructura del Protectorado. En cuanto a las fuerzas jalifianas, todas adoptarían el modelo de la mehala jalifiana de Tetuán. La organización afectaba a las harkas auxiliares, cuya organización y funcionamiento, según Zaldivar, «puede considerarse como un intermedio entre un grupo de Fuerzas Regulares y una *Idala* (harca de paisanos)». Se trataba de una estructura de mando indígena, aunque contando con instructores españoles, que las acompañaban en los combates. La principal diferencia con las harkas y la policía indígena de 1921, estriba en que estas nuevas unidades estaban pensadas para combatir fuera del territorio de su cabila.

A principios de julio de 1924, Primo de Rivera, conocedor del sentir de la oficialidad africanista, tomó una importante decisión en pro de la moral del ejército de África. Tras el consejo de guerra contra los generales Navarro y Berenguer, desarrollado en junio de 1924, por los sucesos de Annual, el fiscal solicitó veinte años de prisión para Berenguer y ocho para Navarro. El tribunal, presidido por el Gral. Weyler, aplicó algunos atenuantes, exonerando a Navarro y dejando la pena de Berenguer en separación del servicio. Pues bien, el 4 julio de 1924, Primo de Rivera amnistió a todos los oficiales y al general condenado, una amnistía que disimuló haciendo lo propio con algunos políticos e intelectuales.

Los juicios contra Berenguer y Navarro, ambos con elevado prestigio entre los africanistas, habían sembrado un profundo malestar en la oficialidad. En el ejército se opinaba que gran parte de la responsabilidad de los amargos sucesos de verano de 1921 recaía en los políticos, los partidos progresistas, la prensa vocinglera, etc. y que el Ejército no fue más que un chivo expiatorio. Así, con la amnistía, Primo de Rivera daba carpetazo al asunto de las responsabilidades militares, llevando la tranquilidad al espíritu de la oficialidad.

Y en julio de 1924, el Presidente del Directorio presentó al estamento militar, algo que ya había sido aplaudido por la opinión pública: el plan de repliegue. Para ello visitó las guarniciones del Protectorado, entre los días 10 y el 20 de julio. La idea no fue bien acogida por la oficialidad, como se demostró en la famosa comida de Ben Tieb.

Tras la visita, Primo de Rivera cambió su percepción de la solución del problema marroquí. Finalmente, el repliegue solo se realizaría en la zona occidental, «una de cal y otra de arena». La decisión salomónica satisfacía, aunque sólo en parte, a la oficialidad africana, pero congratulaba sobremanera a la opinión pública.

Las operaciones de repliegue a la línea Estella en la zona occidental comenzaron a principios de septiembre. El 17 de noviembre la operación alcanzó su punto culminante con el duro repliegue de *Xauen* (2.000 bajas). El repliegue a la línea Estella se completó el 15 de diciembre. Entre los meses de septiembre a diciembre, las operaciones se cobraron la vida de 3.266 soldados españoles y de 1.091 indígenas que luchaban a su lado. El peso de los combates lo llevó la Legión y los Regulares. Así, las bajas no fueron tan sentidas y el prestigio social del Ejército se revalorizó. Desde mi punto de vista,

Primo de Rivera sacrificó al Ejército en beneficio de la cohesión nacional y la paz social. En cualquier caso, la llegada del Directorio, con sus diferentes medidas, hizo que, por primera vez desde hacía mucho tiempo, el ejército fuese socialmente valorado.

Durante esta complicada operación, Primo de Rivera constató el error de su política marroquí. Y por RD de 16 de octubre adoptó una decisión de gran calado, que resultó crucial para solucionar el asunto: su auto nombramiento como Alto Comisario y Jefe de operaciones del Ejército de África. Será la primera vez en la historia de España, que se aúnan el mando político, estratégico y operacional. Ello prueba que el Presidente del Directorio ya estaba decidido a una intervención militar de altos vuelos.

El remate de la preparación del Ejército para el desembarco acabó por pulir los últimos detalles. A finales de 1924 se adquirieron 26 barcasas tipo K, que se prepararon, para poder transportar desde personal hasta carros de combate. Por RO de 10 de octubre de 1924 se creó, en San Fernando (Cádiz), el Batallón Expedicionario de Infantería de Marina del Infante nº 5.; integrado por 738 efectivos, 633 de tropa, de los que más del 25% eran voluntarios (160). El 2 de junio de 1925, el batallón llegó a Melilla.

El 30 de marzo de 1925 se ejecutó un desembarco en *Alcazarseguer*, que sirvió para probar los procedimientos que luego se emplearían en Alhucemas. Además, para mejorar los procedimientos, durante los meses de julio y agosto se realizaron numerosas maniobras y ejercicios de desembarco; así como ejercicios de cuadros de mando y planas mayores. Y se reforzó el servicio de inteligencia, al objeto de conseguir información de detalle sobre el terreno y el despliegue enemigo; y se unificó la cartografía náutica y terrestre de la zona.

Así, contestando a la pregunta, en verano de 1925 nos encontramos con un Ejército totalmente renovado, respecto al de verano de 1921. Ahora se disponía de verdaderos expertos en la guerra marroquí, que habían participado en varias campañas al mando de unidades «coloniales» (mehalas, harkas Policía, Regulares o la Legión), una doctrina de empleo y procedimientos contrastados; así como medios suficientes para acometer la pacificación, incluyendo elementos navales y aparatos de aviación.

Los programas de instrucción habían mejorado la calidad de los soldados metropolitanos. En las unidades se encontraban numerosos voluntarios, cuya recluta se había incrementado considerablemente afectando tanto a la Legión, como a las unidades europeas. La moral de la tropa era elevada, las unidades, bien instruidas y equipadas, estaban liderada por los oficiales más prestigiosos y fogueados del ejército, que comandaban las numerosas fuerzas de choque. Y lo más trascendente se contaba con unidad de mando político, estratégico y operacional, y con el apoyo de la opinión pública. Es decir, la máquina de guerra estaba perfectamente engrasada preparada y esperando la orden de actuar.

En verano de 1925, la fuerza desplegada en Marruecos se aproximaba al Ejército Colonial que reclamaba la sociedad. En la zona de Melilla se habían reorganizado las fuerzas indígenas, con las mehalas (6.000) y las nuevas harkas (4.000) de probada fidelidad; se disponía de dos Grupos de Fuerzas Regulares (4.000), que habían potenciado su organización contando cada uno con cuatro tabores y dos compañías de ametralladoras; un Tercio de la legión con cuatro banderas (3.000); y un batallón de Infantería de Marina (750).

Así, entre los más de 50.000 hombres desplegados en Melilla 19.000 eran unidades puramente coloniales, integradas por voluntarios profesionales

indígenas, españoles o extranjeros, y en las unidades expedicionarias, es posible que el número de voluntarios se aproximase a los 6.000. Además, se contaba con una importante reserva (Alicante y Almería), de dos brigadas perfectamente organizadas, instruidas y preparadas para incorporarse al combate en caso de necesidad.

El desembarco anfibio en la bahía de Alhucemas era una operación de una enorme complejidad y riesgo. ¿Se jugaban el todo por el todo con esta operación o había un plan B?

Mi opinión rotunda es que no existía plan B. La meticulosidad del planeamiento, el apoyo social, la cantidad de medios, la fortaleza de la alianza con Francia y su compromiso de cumplir lo acordado, la reorganización del Ejército... todo indica que Primo de Rivera ya había tomado su decisión y estaba convencido del éxito y no pensó en ningún momento que el plan podía fracasar.

En esas fechas, España ya tenía una gran experiencia en Marruecos y los principales obstáculos para cumplir los compromisos internacionales estaban identificados. Todos los gobiernos anteriores conocían que la solución pasaba por ocupar Alhucemas, que había sido el núcleo principal de abastecimiento de guerreros en todos los levantamientos desde 1909.

Para el desarrollo del plan, Primo de Rivera nombró una ponencia presidida por el insigne africanista Gral. Gómez Jordana, por entonces jefe del Despacho de los asuntos de la Oficina de Marruecos (creada en enero de 1924 y anexa a la presidencia del Directorio). El objeto: elaborar un informe donde, según Rioja, «se condensara la pertinencia del proyecto de desembarco en la bahía de Alhucemas, argumentando la viabilidad de la operación y los efectos que

podrían derivarse de la misma». Y además «presentar un tanteo sobre los elementos que harían falta para llevar a cabo la operación». La ponencia estudió todos los planes anteriores.

La comisión valoró positivamente tres factores fundamentales: la elevada moral de las tropas, la baja moral de las fuerzas de Abdelkrim y la decidida colaboración con Francia. Por todo ello, resultaba imposible pensar en un plan B. El plan diseñado para Alhucemas era total garantía de éxito, y así se percibió por el Directorio.

Ya sabemos que, años atrás otros gobiernos pretendieron realizarlo, pero las crisis de los gabinetes lo impidieron. Era ésta una gran dificultad para acabar con el problema: la instrumentalización política por parte de los partidos anti sistema para movilizar a las masas. Y, consecuentemente, el gran rechazo social con que contaba la intervención.

Ello se unía a la debilidad internacional de España, con un temor permanente a la postura británica o francesa, lo que llevó a que los gobiernos no asumieran la firma «voluntad» de acometer con determinación el asunto: o abandono total (temor a la reacción interna).

Con Primo de Rivera esas dificultades se soslayaron. La Dictadura impulsó el avance social, con un extenso proceso de industrialización, modernización y desarrollo económico; además recuperó el prestigio internacional y España pasó de sentirse el «último de la fila» a asumir su rol como una de las principales potencias secundarias en Europa. Y sus decisiones pasaron a ser oídas y respetadas.

Y en cuanto a la situación interna, la Dictadura conculcó derechos constitucionales, pero resolvió la conflictividad social e impidió la propaganda revolucionaria. Ello, unido a las medidas para impulsar la creación de un ejército adaptado a la «guerra colonial», acabó de aplacar el rechazo social.

Así, Primo de Rivera pudo decidir, liberado ya de presiones internas o exteriores, la opción que consideró acertada en cada momento: primero el abandono; después la acción militar determinante. Para el desembarco de Alhucemas se pusieron en liza, con toda su profundidad, los tres principios de Arte de la Guerra, que aseguran el éxito: voluntad de vencer, libertad de acción y capacidad de ejecución. Por ello, estoy seguro, que ni Primo de Rivera, ni el Ejército de Marruecos, pensaron en un fracaso y, por tanto, en diseñar un plan B. Y así fue.

Sabemos que se estudiaron operaciones anfibias anteriores, como el desembarco de Gallipoli en la Gran Guerra. ¿Cuáles fueron las lecciones más importantes que se extrajeron? ¿Qué se decidió hacer de forma radicalmente diferente para evitar repetir errores?

En Gallipolı́ yo identifico, al menos, tres errores mayores: el principal, la falta de unidad de mando, que impidió que el bombardeo naval de la flota combinada anglo-francesa de resultase exitoso; el desconocimiento del terreno, que impidió la reunión de unidades tras el desembarco y la identificación física de los objetivos a alcanzar; y el desconocimiento de las capacidades enemigas, que se infra valoraron.



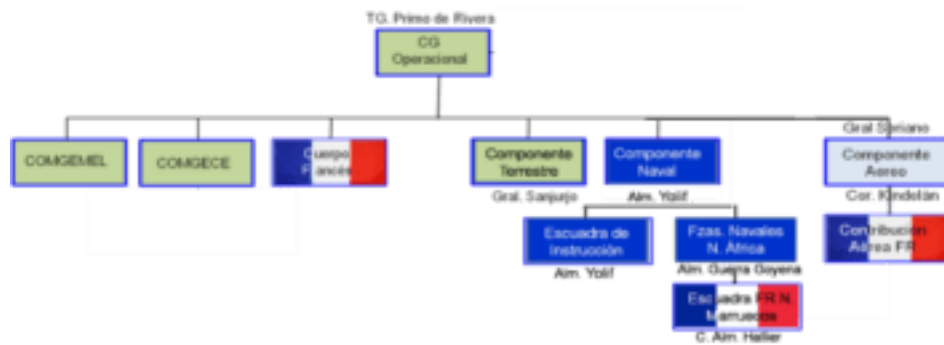
Fuente: Coronel Fernando Caballero

Todo ello se solventó con creces en Alhucemas. La eliminación de las reticencias francesas, tras la derrota frente Abdelkrim (abril-julio de 1925), simplificaron la cuestión de la unidad de mando. En la conferencia de Madrid (25 de julio de 1925), España impuso sus condiciones para el desembarco: mando único; participación francesa limitada a lo que estrictamente se solicitase; y que ni un solo soldado francés pisara las playas de Alhucemas.

Entonces, la unidad del mando, en todos los niveles, quedó sellada: Primo de Rivera, como Alto Comisario y Jefe del Ejército de África, comandaría la fuerza conjunto-combinada. Y la coordinación la realizaría su Cuartel General, bajo la dirección de Gral. Gómez Jordana. Así todo quedó sujeto a las directrices españolas: el CG enlazaba con el cuerpo francés en el sur; las fuerzas de Melilla, en el este; y las de Ceuta, en el oeste. Los componentes terrestre, naval y aéreo también dependían del CG. Y la contribución francesa se subordinó a los mandos españoles: la Escuadra gala del Norte de Marruecos se adscribió a las fuerzas Navales del Norte de África, del almirante Guerra Goyena; y la modesta contribución aérea al mando aéreo español.

La revisión de todos los planes anteriores, incluido Gallipoli, permitió valorar posibles opciones e identificar el resto los errores cometidos en Gallipoli. La

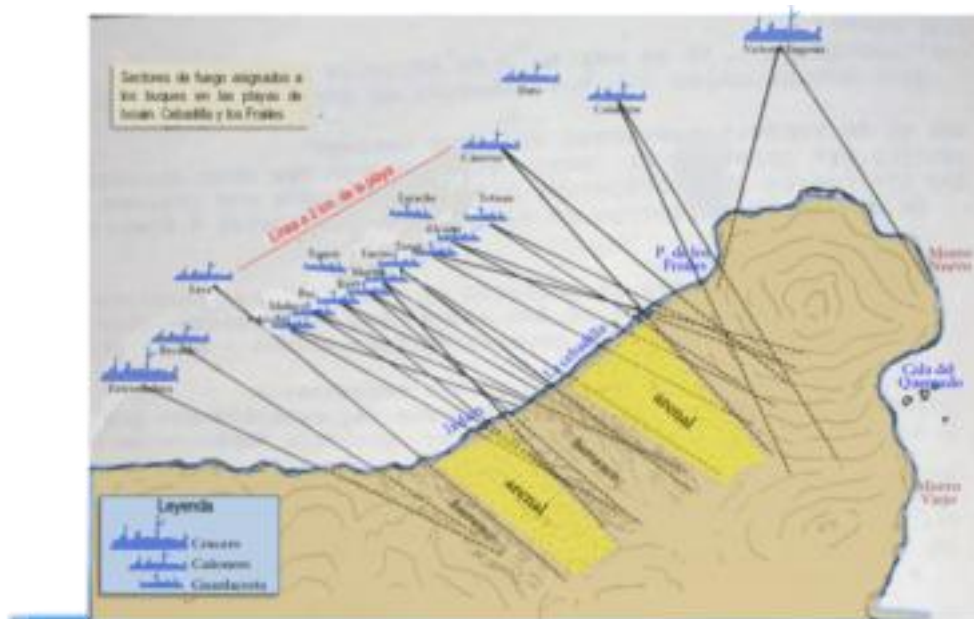
organización y el refuerzo del servicio de inteligencia y la realización de numerosos reconocimientos aéreos permitió identificar con gran detalle las capacidades enemigas: moral, fuerzas disponibles, entramados defensivos, artillería...



Fuente: Coronel Fernando Caballero

En cuanto al terreno, se unificó la cartografía, incluyendo las cartas náuticas, que se distribuyó a todos los escalones de mando. Al carecer de la posibilidad levantar planos topográficamente, se emplearon fotografías aéreas para, con ellas, elaborar los planos. Y a efectos de coordinar el plan de fuegos se asignaron sectores a las agrupaciones navales, sumando en su conjunto 190 piezas de diferentes alcances y calibres; y a la artillería del peñón, 29 piezas entre cañones, obuses y morteros.

La distribución de sectores se completó con un sistema de «cuadriculado», consistente en reticular el terreno en cuadrículas de 250 por 250 metros. Ello facilitaba extraordinariamente a la artillería naval, a la de acompañamiento y a la aviación satisfacer las peticiones de fuego de las columnas.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Este sistema de atención a las necesidades del fuego artillero ya se había practicado, primero en Alcazarseguer (30 de marzo), asunto sobre el que trataremos más adelante, y muy particularmente el día 20 de agosto, cuando Abdelkrim, ya conocedor del desembarco, realizó una demostración de fuerza al objeto de disuadir a Primo de Rivera, bombardeando el Peñón de Alhucemas.

Para ello concentró unos 50 piezas de artillería – todas las asentadas desde Morro Viejo hasta Cabo Quilates, además de las del depósito general, que tenía organizado en las proximidades de Axdir-, iniciando un violentísimo cañoneo. Pues bien, el Peñón contaba con 29 piezas de artillería, que se habían ido desplazando para apoyar al desembarco. Y la artillería del Peñón, apoyada por fuego naval, desarrolló una contrabatería ejemplar.

La distribución de sectores se completó con un sistema de «cuadriculado», consistente en reticular el terreno en cuadrículas de 250 por 250 metros. Ello facilitaba extraordinariamente a la artillería naval, a la de acompañamiento y a la aviación satisfacer las peticiones de fuego de las columnas.

Este sistema de atención a las necesidades del fuego artillero ya se había practicado, primero en Alcazarseguer (30 de marzo), asunto sobre el que trataremos más adelante, y muy particularmente el día 20 de agosto, cuando Abdelkrim, ya conocedor del desembarco, realizó una demostración de fuerza al objeto de disuadir a Primo de Rivera, bombardeando el Peñón de Alhucemas.



Fuente: Coronel Fernando Caballero

Para ello concentró unos 50 piezas de artillería – todas las asentadas desde Morro Viejo hasta Cabo Quilates, además de las del depósito general, que tenía organizado en las proximidades de Axdir-, iniciando un violentísimo cañoneo. Pues bien, el Peñón contaba con 29 piezas de artillería, que se habían ido desplazando para apoyar al desembarco. Y la artillería del Peñón, apoyada por fuego naval, desarrolló una contrabatería ejemplar.

¿Las tropas recibieron algún entrenamiento específico para una operación de esta naturaleza, tan alejada de la guerra convencional en el terreno? ¿Existió un algún tipo de entrenamiento conjunto?

Sí, las fuerzas practicaron, cada una en sus territorios (Melilla o Ceuta), ejercicios para mejorar los procedimientos de desembarque en las barcasas en diferentes tipos de costa, pues unas unidades desembarcarían en playas (Ixdain y Cebadilla) y otras en calas (Los Frailes y Cala del Quemado). También

se practicó el desembarque de los carros de combate (diez Renault FT-17), de las barcasas habilitadas para ellos.

Por otra parte, ante la imposibilidad de separar a las unidades de los frentes, se realizaron lo que se conoce como «ejercicios de cuadros de mando y planas mayores». Con la reunión de estos elementos se comprueba el sistema de mando y control, estableciendo los enlaces y las comunicaciones necesarias; presentando incidencias y haciendo correr las órdenes e informes.

Además, el 30 de marzo de 1925 se ejecutó un desembarcó en *Alcazarseguer*, en las proximidades de Ceuta, que sirvió como prueba de fuego de los procedimientos de una fuerza conjunta, que luego se emplearían en Alhucemas. Se desembarcó en la cabila de *Anyera*, bajo control enemigo.



- 17 buques de guerra y 11 barcasas "K"
- Una brigada (4 000 efectivos):
 - 6 Bat Inf - 2 Banderas, 3 Tabores y 1 Bat RI Ceuta nº 60
 - Una Batería de artillería
 - Gr Ingenieros con 2 compañías

Fuente: Coronel Fernando Caballero

La *Fuerza de Desembarco* era aproximadamente la de una «oleada» de la empleada en Alhucemas, y similar en su constitución, salvo que no se emplearon carros de combate. Destacar el grupo de Ingenieros, pues se conocía que en Alhucemas existirían numerosos obstáculos, que habría que abrir y/o demoler (campos de minas, alambradas, fosos...). La *Fuerza Anfibia Operativa*, era de una composición también similar a la de Alhucemas, en cuanto a la combinación de elementos: transporte «Vicente de Roda», crucero

«Reina Victoria», cuatro cañoneros, dos torpederos, siete buques guardacostas y dos remolcadores; además de algunas gasolineras, de 12 barcasas «K» y el buque hospital «Barceló». La operación contó con el apoyo de las aeronaves desplegadas en el aeródromo de Sania Ramel (Tetúan).

Finalmente, en los meses de julio y agosto se realizaron varias maniobras y ejercicios, para acabar de afinar los procedimientos. El último de estos ejercicios fue el simulacro de desembarco de las fuerzas de la comandancia de Melilla, que participarían en Alhucemas. El ensayo se ejecutó en Yazanen, en la costa, cerca de la desembocadura del Kert, el día 31 de agosto de 1925, y fue presenciado por el General Sanjurjo, jefe de la fuerza de desembarco en Alhucemas.

Igualmente se experimentó la colaboración aérea combinada entre aeronaves francesas y españolas. El 27 de julio un avión francés realizó un vuelo de reconocimiento sobre Cabo Quilates (Bahía de Alhucemas); mientras aeronaves españolas bombardearon, en las proximidades de Hassi Uenzga, importantes concentraciones enemigas que se dirigían al frente francés y realizaron reconocimientos sobre la zona francesa de Uazan.